

## CAPÍTULO XXXIII

### MORALISTAS.

Castiglione, 1478-1529.—Además de esta aplicación tan inmediata y tan importante, otros muchos escritores trataron de la moral en el curso de aquel siglo. Baltasar Castiglione, cuyo elogio como poeta latino hace el mismo Escaligero, ofrece, en el *Cortesano*, el cuadro de la vida del gran mundo, en un estilo que no parece de corte. Nacido en Mantua, y enviado cerca de los príncipes de Milan para perfeccionarse en las bellas maneras, acompañó al duque Francisco de Gonzaga en la desgraciada expedición de Nápoles, y después se le encargaron diferentes embajadas, tanto en Francia como en Inglaterra. Fueron sus amigos en Roma los personajes más distinguidos. Después de haber seguido á Guidobaldo de Urbino á sus campañas, fué á su corte, donde aquel duque, detenido allí por la gota, é Isabel de Gonzaga, su mujer, reunía lo selecto de la nobleza. Agradables pasatiempos, pompas escénicas, espectáculos nocturnos se sucedían en aquella residencia; y los que poseían algún mérito se apresuraban á dar pruebas de él á vista de tan generosos huéspedes: Castiglione quiso representar aquellas costumbres elegantes y civilizadas en su *Cortesano*, describiendo, con ayuda de supuestos pasatiempos, las condiciones del cortesano. Prefiere á la autoridad estoica, la condescendencia templada de Sócrates, que dice que la virtud es la ciencia y la ignorancia el vicio. El hombre no es estudiado en su libro como debe serlo por el que dicta preceptos, porque la variedad de caracteres desaparece en él: quiere que nada se haga con originalidad y desde luego, sino conformándose siempre al tipo ideal que propone. Para conseguir esto, prescribe lo que se ha de hacer con respecto al traje, al lenguaje, á los actos de política y á las asiduidades galantes para con las damas. Examina si vale más cortejar á una soltera que á una casada; si es preciso mentir y hasta

qué punto; recomienda sobre todo saber batirse, y quiere además que el cortesano sepa bailar, nadar, saltar, tocar instrumentos, y entregarse á otros ejercicios agradables. Pero no admite en él particularidades, es decir, de carácter. En una palabra, enseña á ser inmoral y gracioso. Quiere, no obstante, que evite las adulaciones y las condescendencias inmoderadas, y que no calle verdad oportuna; de lo que á sí mismo se ofrece por ejemplo, desaprobando los manejos tan comunes entre los príncipes.

Habia sido precedido en este camino por Agustín Nifo (*De viro aulico et de muliere aulica*), que reduciendo el arte del cortesano á decir chistes y dar noticias para distraer el fastidio de los grandes, les indica los manantiales del escándalo en que faltan, por lo común, la caridad y el pudor.

Muzio escribió también, además de obras teológicas de poco mérito, el *Caballero*, en el cual sostiene que la nobleza es personal, y mayor en el literato que en el guerrero. Es también el autor de los *Cinco conocimientos necesarios á un señor joven que entra en la corte*; estos conocimientos consisten en acordarse que es hombre, cristiano, noble, joven y señor. Fué de los primeros en reducir á ciencia las prácticas del duelo y las sutilezas del pundonor.

Jacobo Sadoletto (1477-1547) hizo, siendo obispo de Carpentras, un tratado de la educación (*De liberis recte instituendis*), con objeto de suplir en lo particular la falta de las legislaciones modernas, que abandonan á lo arbitrario la disciplina, cuya movilidad y negligencia son desde entonces su parte ó le pertenecen. El verdadero modo de vivir bien, según él, es mantener entre las pasiones el equilibrio y la armonía con la razón. El que instruye debe en su consecuencia acostumbrar á su discípulo á gobernar regularmente su interior;

para que se habitúe á encontrar placer en lo que es honrado y disgusto en lo que no lo es: á esto contribuirán la religión, único fundamento de la verdadera felicidad, y el ejemplo de los padres. Con respecto á la inteligencia, debe cultivarse con ayuda de una sana filosofía, que hará contraer al discípulo la costumbre de formarse ideas claras y exactas de las cosas, para sustraerse al prestigio del falso saber, el peor de los males. Después de haber aprendido á pensar bien, es necesario aprender á espresarse también con perfección; lo que comprende la poética, la elocuencia, el buen estilo y los talentos caballescicos. No se encuentran en esta obra ideas atrevidas y originales, sino simples verdades dictadas por el buen sentido.

Los diálogos de Sperone Speroni, que se atrevió á escribir en italiano sobre la filosofía, son débiles, y no contienen más que doctrinas genéricas. Tienen por título *Guevara, Marco Antonio y el Reloj de los príncipes*. Se han reimpresso varias veces. Alejandro Piccolomini, sienés, profesor de Padua, prosélito de Aristóteles, escribió *De la educación del hombre noble nacido en ciudad libre*, copiando mucho de Speroni un curso de filosofía, el instrumento de la filosofía en cuatro libros y la filosofía natural. Sigue el camino trazado por Aristóteles, su *príncipe y guía y más que hombre*, á pesar de que algunas veces se separa de él. Sus contemporáneos no le perdonaron el haber escrito todo esto en toscano; otros le tacharon de innovador herético, porque distinguía siempre la filosofía de la teología, aunque concluía protestando someterse en un todo á los teólogos. Francisco Piccolomini, natural también de Siena, comentó diversas obras de Aristóteles, y escribió en latín entre otras el *Comes politicus pro recta ordinis ratione propugnator*, en que trata de la moral privada (*de moribus*) y social (*de pública*), en esta última discute sobre la propagación del sumo bien, es decir, de la virtud, considerando un deber en los magistrados difundirla en la ciudad y en el Estado.

La *Galatea* de monseñor Della Casa, que se lee por el mérito del estilo, describe en parte las costumbres de la época, aun toscas bajo algunos aspectos, al mismo tiempo que se introducía ya la etiqueta y las afectaciones españolas. Su otro tratado *De los deberes entre amigos de diferente clase*, reduce á precepto este servilismo que se ha puesto demasiado en práctica; pues quiere que el inferior no incomode nunca al superior, y hasta que sufra con alegría una chanza ultrajante. Sienta también como principio, que la verdadera civilización de un país perece desde el momento en que la moralidad se evapora en vanas ceremonias, y el deber en actos de cortesía.

En general los escritores italianos no analizaban al hombre, sino modelos genéricos, á los cuales falta la eficacia de los ejemplos particulares. Nada revela mejor este falso sistema que la *alegoría* con que el Tasso hace preceder su poema, así como los defectos del poema revelan lo absurdo del método.

El mismo Tasso, Varchi y otros muchos trataron los puntos particulares de conducta, sobre todo del amor y de la ciencia caballescica. Esta comenzaba entonces á introducirse para llegar á ser después casi la única regla de los caballeros en su modo de obrar. Ahora bien, los teólogos escribían sobre el duelo para desaprobárselo, y los otros para reglamentárselo (1). Los caballeros tenían, pues, que moverse en una atmósfera enteramente artificial. Con respecto al grueso de la nación envilecida, al pueblo excluido de los intereses comunes, escepto los sacerdotes, nadie se ocupaba ya más de él.

Tomás Elyot ofrece el modelo de un buen instructor. La severa tiranía de los Tudor y el carácter receloso de Isabel, habían introducido entre los ingleses una manera de contenerse y cierto aire de incertidumbre, enteramente estraños á su carácter. En los Ensayos de moral de Bacon, *destinados á dirigir las acciones hácia un objeto, con consejos oportunos para el que quiere ser grande y sabio*, basta esta aunciación para revelar lo que se propone. En efecto, se ocupa más de la política que de la moral, considera menos al hombre que al ciudadano. Se encuentran en este libro dichos muy justos sobre las sediciones, la soberanía, las innovaciones, y en general sobre el modo con que los grandes deben dirigir al pueblo; pero todo en servicio de los que gobiernan. Después de haber pesado mucho tiempo estas máximas, las elaboró para exponerlas de la manera que le es propia, lo que hace que sean pesadas aun cuando hubiera sido posible aligerarlas, y les da con frecuencia la forma de apotegmas. Aun se lee en Inglaterra más que ningun otro escrito del reinado de Isabel; y es cierto que el cansancio que se experimenta, está bien compensado con el alimento que alcanza el talento.

La *Religio medici* de Tomas Browne, ha sido traducida á varias lenguas: fecundas analogías, á veces hasta brillantes y un aire científico, imprimen á aquella producción una fisonomía particular; sin embargo, el autor se muestra en ella fantástico, paradójico, sin originalidad; su estilo es fuerte pero duro, y un egoísmo melancólico le hace hablar sin cesar de muertos y sepulcros. Las *Conversaciones de sobremesa*, de Selden, tienen mucho vigor y originalidad nacional; respiran desprecio hácia los semisábios, cuyo número fué siempre infinito. El *Epitome de filosofía moral*, de Melancton, no considera otra cosa que las clases aristocráticas.

El alemán Juan Valentino Andreae se muestra muy superior á la multitud pedantesca de eruditos teólogos de su país. Considerando las cosas con colores sombríos, aunque de un carácter benévolo, descubría los errores de los hombres, si bien para corregirlos. Sus *Mythologia christiana, sive virtutum et vitiorum vita humanae imaginum, libri*

(1) Hablamos de esto largamente en nuestro Libro XVI.

tres (1618), pertenecen al género de producciones llamadas *paramitas*, por Herder; pasa por haber fundado los Rosa-Cruz como institución filantrópica.

**Montaigne, 1533-92.**—No fué á las academias sino á la buena sociedad, á la que se dirigió Montaigne en sus *Ensayos*. Este libro, en el que están presentados los pensamientos sin orden científico, pero marcados por el buen sentido, variados y llenos de delicadeza, tiene más lectores que ningún libro francés de aquel siglo, aunque las materias que trata no hayan envejecido menos que el estilo. Montaigne, que en el fondo tiene menos buena fe que lo que manifiesta (2), nos parece el moralista que se abandonó más á aquella recrudescencia del paganismo, señalada ya por nosotros, y que quiso volver á ser hombre como antes del cristianismo. Su padre (nos agrada estudiar á los autores de las obras morales), que aunque algo filósofo, había hecho la guerra en Italia y visto el mundo, no le despertaba sino el sonido del violín. Le dió por maestro á un alemán, con quien se vió obligado á hablar latín por primera lengua; y haciéndole educar en el campo, para que se acostumbrase á no despreciar á nadie, le dejó crecer sin más estudio que el de las lenguas y las lecciones de su propia experiencia. En el mismo colegio en que le puso le rodeó de tantas comodidades, que le sustroja á la disciplina común. Allí el joven Miguel se enamoró de la *Metamorfosis*, de Ovidio, y de esta poesía fácil pasó á la ampulosa de Lucano, después al estilo castigado de Virgilio. Se complació en las pinturas de Terencio y Plauto, como también en las de los cómicos italianos. Sin tener nada de romanesco, gozó del amor, pero como de un placer; deseo de buscar comparaciones en las costumbres no menos que en la historia, y *hace chocar su cerebro contra el de otro*, se dedicó á viajar principalmente por Italia, echando de menos lo pasado en medio de las maravillas del renacimiento. No tomó parte en las guerras civiles, ocupó empleos sin ambición, y estuvo siempre dispuesto á abandonar la toga para volver á ser hombre. Sus gustos cambiaron, fué liberal cuando no poseía nada y fué avaro cuando tuvo algo, concluyó por llegar á adoptar un justo medio. Habiéndose casado renunció á los placeres ruidosos, y vió acercarse la vejez con tranquilidad, diciendo: «He visto la yerba, las flores, los frutos de la vida, también veo las hojas secas; y me alegro porque es cosa natural.»

No era en aquel tiempo la erudición alarde raro, y él ostentó la suya ilustrando sus obras con trozos y citas de autores antiguos ó bien reputados: sin embargo, debió haber leído mucho, pues siempre son oportunos en sus razonamientos los textos y citas que abruma su memoria. Y aun parece que con su antiguo roce con los antiguos, por los que era fanático (*embaboyné*), quería olvidar los defectos

(2) «Este es, dice. Un libro de buena fe.» Así comienza.

de su época y hallar la paz, ya que no en otra parte, en sus sepulcros. Esto no le impide juzgar con originalidad; y se diría que no se sirve de los nombres de Plutarco, Séneca y Lucano, sino para hacer pasar sus propias ideas. En lugar, pues, de seguir su senda por la de los tiranos de la inteligencia, piensa por sí mismo, dice lo que ha observado, y lo que dice parece de espontánea efusión, de un talento sencillo y vivo á la vez.

Como sus observaciones se fijaron principalmente sobre sí mismo, de sí es de quien habla con frecuencia (3). Se creería que quiere evitar que se le acuñe de ambición vulgar, cuando llega hasta confesar sus vicios y sus debilidades; pero este es un artificio sin resultado; porque si los cuenta, no los desaprueba; y hasta quisiera que se le encontrara más digno de estimación. Aun cuando habla de las faltas verdaderas, no se muestra arrepentido, y declara que, si volviera á nacer, cometería las mismas. La idea de la muerte no le hace volver en sí mismo; pues exclama: «Me arrojo en brazos de la muerte como un estúpido, sin considerarla ni reconocerla, y como quien se arroja en una profundidad muda y oscura, que me devora de una vez y me sofoca en un instante, porque estoy sumergido en un poderoso sueño de inacción y de indolencia. Ofrece de esta manera al orgullo el placer de encontrar en él sus propias faltas sin tener que avergonzarse de ellas, y llega á ser un triste ejemplo de las confesiones en las que después tantos escritores se han complacido en analizar sus propios vicios, para hacer ostentación de ellos.»

Montaigne reconoció que la prosa debía adoptar el carácter del diálogo, patrimonio especial de los franceses. Siempre pintoresco, sabe dar color hasta á las abstracciones, y no presenta las ideas sino bajo la forma de imágenes variadas, fáciles y transparentes. Aunque no se inquieta de la lengua, ha permanecido clásico; y con él es con quien comienza la verdadera literatura francesa (4). Esta cordial jovialidad, propia de sus compatriotas, sagacidad viva, penetrante, maliciosa, pero no maligna; el aire de confianza que sabe adoptar describiéndose continuamente á sí mismo en su obra, hace que su lectura agrade como la conversación de una persona culta y amable, como los discursos de un buen anciano que ha visto mucho. Aquel tono de narrador benigno en una serie sin trabazón de anécdotas, nos atrae tanto más, cuanto que no

(3) «Encontrándome enteramente desprovisto de otra materia, me he presentado yo mismo por argumento y por asunto.» L. II, c. 8.

(4) *Le parler que j'aime, c'est un parler simple et naïf, tel sur le papier qu'à la bouche; un parler succulent et nerveux, court et serré; no tant délicat et peigné comme vehement et brusque... La recherche de phrases nouvelles et des mots peu connus, vient d'une ambition scholastique et puérile. Peuse je ne me servir que de ceux que servent aux hautes à Paris.* MONTAIGNE, I, 25.

manifiesta hacerlo con intención; parece estar allí simplemente para pintar, como en las escuelas se copia del natural sólo para hacer un estudio. Observando lo que ve, lo escribe al vivo con una expresión propia del objeto, y acostumbra al alma á meditar sobre sí misma, aunque se encuentre algunas veces por esto precisado á descuidar la acción, y á gozar solitariamente de su libertad y de su inteligencia.

Montaigne vivía en un siglo en el que todo se ponía en discusión, y se llamaba santidad en un país lo que en otros se trataba de superstición, y rebeldía lo que recibía el nombre de libertad. La multitud se agitaba en todas partes; y cuando la incertidumbre hubiera debido aconsejar la tolerancia, no se encontraba en todas partes más que dogmatismo, pasión y persecución. Parecía que no quedaba al pensador otro refugio que la duda; y es á la duda á la que se abandona de buen grado Montaigne, que define al hombre un ser flotante y diverso. «Y dice, en aquella universalidad, me dejó manejar ignorante y descuidadamente por la fé general del mundo. ¡Oh qué suave y blanda almohada es la ignorancia y la poca curiosidad, para que descansa en ella una cabeza bien formada!... La vacilación de mi juicio está, en la mayor parte de los casos, de tal manera equilibrada, que voluntariamente me sujetaría á la decisión de la suerte y de los dados.» De esta manera es como emplea la duda en hacer avergonzarse á la razón humana de su orgullosa insuficiencia. Se complace en hacer presente los errores de la sociedad, no por compasión, sino en un tono de burla, y no obstante, sin hiel, como lo hacen los observadores; oponiendo las opiniones á las opiniones, las costumbres á las costumbres, y esto aceptando sin elección, en caso de necesidad, las relaciones de los viajeros. Como le cansa todo trabajo largo, retrocede ante las dificultades declarándolas insuperables. Cuando después la razón ha multiplicado sus dudas, recurre á la revelación, casi sin otro motivo que la necesidad de creer, sin embargo, alguna cosa.

Nunca hace mención en sus obras del catecismo, ni en sus arranques de entusiasmo de la gracia. Parece imposible que no sienta el cristianismo que tan infiltrado estaba no sólo en las ideas y en las costumbres, sino en el escepticismo, hasta el punto de hacerlo respetable, pero no se toma el trabajo de combatirlo; obra como si no existiese, como si nadie hubiese dicho que la naturaleza humana estaba afectada á la corrupción, y que se debe hacerla frente, no secundarla cuando se ve precisado á hablar de la cruz, la coloca lejos, muy lejos, sobre una montaña elevada, con objeto de que inspire veneración é indiferencia al mismo tiempo. Quería quitar de este valle de expiación las espinas; no reconocía abnegación en los placeres, ni otro límite en las diversiones más que el que pudiera perjudicarle; rechazaba la aridez en la educación tanto que se comprometía á enseñar la lógica en cuatro ó

cinco días; creía que la moderación era sabiduría; según él, la religión, las tradiciones, las Escrituras pondrían trabas á la libre marcha de su pretendida sabiduría; no quiere que se le redarguya por lo que ha dicho al principio ó por lo que dirá después, se sujeta á su memoria *admirablemente infiel*.

Su filosofía no ha echado, pues, profundas raíces, y no sería posible describir su sistema en medio de la caprichosa variedad de las probabilidades. Así como las espigas de trigo, rectas cuando están vacías, se inclinan tan pronto como se llenan, así mismo los hombres, dice, después de haber adquirido conocimientos, se humillan y reconocen su propia ignorancia. Se ve, pues, que no se puede exigir de él coherencia, y con justicia se le acusa de haber, con ayuda de la duda y de la creencia reunidas, evitado de que los talentos busquen la verdad, puesto en moda la indiferencia en las cuestiones de mayor importancia, é introducido el egoísmo en la moral, el libertinaje en la literatura: las paradojas contra la sociedad y sus ideas sobre la educación han sido adoptadas más tarde por Juan Jacobo Rousseau, que exagerándolas, ha dado á Montaigne una influencia que no había tenido en su siglo.

El escepticismo le inclinaba al menos á la tolerancia en una época en que era ignorada esta virtud: tranquilo entre gentes apasionadas, desafia á los pedantes, se ríe de ellos, duda de las hechicerías, encuentra absurdo que se vendan los empleos judiciales, que se pague la justicia y que se pretenda obtener la verdad con el tormento. No ama á los reformadores, porque son turbulentos, ni á sus adversarios, por sus violencias. Condena las persecuciones de todas clases, y entre tantos errores y supersticiones, conserva la franqueza de su propia opinión.

**Charron, 1541-1603.**—La *Sabiduría* de Charron es también la ciencia de vivir conforme á la razón. Esponiendo una moral más noble que pura, y adoptando por guía el sentimiento interno, se ve obligado á confesar que el hombre no puede practicar enteramente la virtud, sino que le es preciso algunas veces emplear medios ilícitos para llegar á un fin digno de alabanza. Conveniencia perjudicial pero necesaria del escepticismo y de la exagerada debilidad humana. Más coordinado que Montaigne, pero menos original en el pensamiento y menos vivo en la expresión, le copia con frecuencia, libertándole de las inconveniencias del egoísmo y del tono superficial, pero le exagera, dando sus dudas como axiomas. Montaigne había dicho: *¿qué es lo que yo sé?* Charron dijo: *Yo no sé nada*. El primero busca la independencia de las ideas; el otro reniega de toda regla, y sostiene que el escepticismo es lo único que puede conducir á la libertad filosófica. Las mismas dudas pudiéramos decir que abriga respecto de religión, pues considera la verdadera como un objeto de la mente y el corazón, y por consecuencia independiente del culto exterior.

De la misma escuela salió La Mothe-le-Vayer,

maestro de Luis XIV, que principalmente escéptico en religion, argumenta contra el sentimiento moral, sujetándose cada vez más á lo que es esterior y no al principio regulador. Formó, pues, con Montaigne y con Charron, como tambien con Hobbes y Gassendi, una escuela escéptica que no admitia la autoridad de la razon y de la conciencia, ni una justicia ó derecho natural, ni otra cosa más

que la fuerza y la costumbre. Tiene, sin embargo, el mérito de haber arrancado á la filosofia de los bancos de la escuela, haciéndola abandonar las formas pedantescas, para ponerla al alcance de todos, en el diálogo, en la conversacion y en el discurso. Ciertamente fué una ventaja, no para la moral, sino para los escritores, que no pueden menos de ganar con acercarse al pueblo.

## CAPÍTULO XXXIV

### ERUDICION É HISTORIA.

El gran movimiento impreso por las cuestiones religiosas hizo que Alemania fuese superior en filología á la Italia, pero fué menos elegante en el estilo latino, y sólo Sleidan sostiene en la prosa la comparacion con los italianos.

Ni los Amaltei, ni ningun otro italiano, sostienen la comparacion con los poetas latinos que pueden citar en aquella época los demás países, sobre todo la Francia y la Holanda, como Muret, Enrique Estienne, José Escaligero y Sainte-Marthe, que escribió la *Pædrotrophia*, para exhortar á las madres á criar á sus hijos (1). No obstante el veronés Flaminio se halla á la altura de los antiguos.

**Buchanan, 1506-1582.**—Todos estos poetas han sido inferiores al escocés Buchanan, que compuso muchas poesias obscenas, y otras varias contra los frailes y la religion, confesando, sin avergonzarse, que lo hacia por orden del rey (2). Su mejor obra

es la *Esfera*, que abria un estenso campo á las digresiones; con respecto á sus *Salmos*, son más alabados de lo que merecen.

La erudicion se habia ejercitado tranquilamente en los clásicos y en busca de palabras, hasta que la reforma hizo sospechar á los católicos un estudio que invadia los campos de la fe; al paso que era objeto de mofa para los protestantes por su insulsez. Famosa lucha se empeñó entre los *johannistas*, sostenidos por Reuchlin y Melancton, y los *etistas* acaudillados por Erasmo, respecto á la pronunciacion del griego; Frobenio y Badio Ascensi multiplicaron las ediciones de los clásicos, además de Pedro Veltori, Lambino, Turnebo, Siburgio, Lipsio, Grocio y Fabricio: ninguno aventajó á Isaac Casaubon, de Ginebra, en cuanto á la correccion conjetural de los textos; el *Thesaurus*, de Roberto Stéfano, facilitó la correccion de la escritura, y los *Commentarii linguæ græcæ* de Budé, aunque desordenadas, esplicaron el sentido de las palabras, particularmente de las legales.

Aldo Manucio refiere que en la hora de la leccion permanecia paseándose delante de la universidad romana, vacia de oyentes, y da por motivo que las lenguas vivas habian adoptado su lugar natural, que las clásicas no eran ya más que un objeto de pura curiosidad, y que la veneracion que se les concedia al principio no estaba, ni con mucho, acorde con el notable progreso de las ciencias. Melancton reconoció cuán necesario era el estudio de los clásicos para defender la teologia contra un entusiasmo desenfrenado; en su consecuencia, las nuevas universidades de Marbur-

- (1) *Ipsa etiam alpinis villosa in cautibus ursæ,  
Ipsæ etiam tigres, et quidquid ubique ferarum est,  
Debita servandis concedunt ubera nativis.  
Tu, quam mihi animo natura benigna creavit,  
Exsuperes feritate feras? Nec te tua tangunt  
Pignora, nec querulos puerili e gutture plangtus,  
Nec lacrymas misereris, opemque injusta recusas,  
Quam prestare tuum est, et qua te pendet ab una,  
Cujus onus teneris hærebit dulce lacertis,  
Infelix puer, et molli se pectore sternet?  
Dulcia quis primi captabit gaudia risus,  
Et primas voces, et blasse murmura linguæ?  
Tunc fruenta alii potes illa relinquere demens?  
Tantique putas teretis servare papilla  
Integrum decus, et juvenilem in pectore florem?*
- (2) *Dice en su misma vida: Rex Buchananum, forte in aula agentem, ad se advocat... et jubet adversus Franciscanos carmen scribere ille utrosque juxta metuens, carmen quidem scripsit, et breve, et quod ambiguam interpretationem susciperat. Sed nec regi satis fecit, qui acre et aculea-*

*tum poscebat... Igitur acrius in eos jussus scribere, cam sylvam que nunc sub titulo Franciscani est edita, inchoatam regi tradi, etc.*